

el monumento dejará de elevarse piedra á piedra, y día llegará en que la posteridad, comprendiendo su grandeza lógica, se incline ante él llena de admiración.

LA REPUBLICA Y LA LITERATURA

I

No hay ningún lazo que me sujete al mundo de la política ; no debo ninguna plaza al Gobierno, ni disfruto recompensa ni pensión bajo ningún concepto. Esto no es un rasgo de orgullo : es simplemente una declaración necesaria para empezar este estudio. Estoy solo, y soy completamente libre ; trabajo y trabajo ; así me gano el pan.

Por otra parte, es necesario que haga una segunda declaración. Yo soy un republicano de la víspera. Quiero decir, que he defendido las ideas republicanas en mis libros y en la prensa cuando el segundo Imperio estaba en pié todavía. Yo hubiera podido ser de *la pa-*

rrroquia si hubiera tenido la menor ambición política. Me hubiera bastado inclinarme un poco para recoger las espigas después de segadas.

Así, pues, mi situación está perfectamente definida. Soy un republicano que no vive de la República. Pues bien: esta excelente situación en que me encuentro para decir en voz alta todo lo que pienso, me ha sugerido la idea de este estudio. Yo sé muy bien la razón de que muchas personas rehuyan el hablar: una espera una cruz, otra tiene una plaza en la Administración del Estado, una tercera, en fin, acecha el ascenso, ser concejal, después diputado, ministro; después, ¿quien sabe?, tal vez Presidente de la República. La necesidad del pan cotidiano, el afán de los honores, son terribles mordazas que agarrotan las más rudas franquezas. Desde el momento que se necesita algo ó que se tiene una ambición, se esclaviza uno del que llegó primero. Si se juzgase con entera franqueza á ciertos personajes políticos, se cerrarían todas las puertas para el temerario que pretendiera juzgarlos de tal modo; el que se atreviese á hacer luz en determinadas cuestiones, se encontraría con

adversarios poderosos. Pero no ambicionéis nada, no necesitéis de nadie para vivir, y en seguida los obstáculos ceden; marcharéis libremente, á capricho, á derecha, á izquierda, con la conciencia y la alegría de vuestra propia libertad. ¡Ah, he aquí mi sueño dorado! Vivir en un rincón como los frutos del huervecito cultivado por uno mismo, sin necesitar para nada del vecino, sin temer que el viento lleve en sus ondas vuestras palabras.

En los partidos políticos hay una cosa que se llama «la disciplina». Es un arma poderosa, pero es bien triste. En la literatura, afortunadamente, no es necesaria, sobre todo en esta época de producción individual. Si un hombre político tiene necesidad de agrupar en torno suyo una mayoría que le apoye, y sin la cual no podría vivir—políticamente hablando,—el escritor existe por sí mismo, rodeado de su público; sus libros pueden no venderse, pero al fin llegará el día del éxito. Por estas razones el escritor cuyas condiciones de existencia no le obligan á someterse á la disciplina, está muy bien colocado para juzgar con entera libertad á los hombres políticos. Se hace superior á las circunstancias; no habla

bajo la presión de ciertos hechos, ni con el objeto de un fin determinado; le es permitido, en una palabra, ser el único de su opinión, porque él no figura en determinado grupo, y puede decirlo todo sin amargar su vida y su fortuna.

De todos modos, yo no me aventurararía á entrar en eso de la política, si no tuviese que estudiar en ella una cuestión muy grave á mi modo de ver. Consiste esta cuestión en saber qué migas van á hacer la República y la literatura; me refiero á la literatura contemporánea, á esa larga evolución naturalista ó positivista, como se quiera, que Balzac ha iniciado. Hace ya tiempo que dudo, porque el terreno me parece que está ardiendo. Además, desde hace ocho años es el ruido tan atronador, se presentan las complicaciones con tanta rapidez, que á un hombre aplicado le es difícil arriesgarse á un estudio serio y á sacar consecuencias científicas. Pero hoy, aunque continúa el ruido, ha cesado el período de incubación: la República existe, es un hecho. Funciona, puede juzgársela por sus actos. Ha llegado la hora de poner á la República y á la literatura cara á cara, de ver lo que puede

ésta esperar de aquélla, de examinar si nosotros, los analizadores, los anatómicos, los coleccionadores de documentos humanos, sabios que no admitimos más que la autoridad de los hechos, encontraremos en los republicanos amigos ó adversarios. La solución de este asunto es de extraordinaria gravedad. Para mí depende de ella la existencia misma de la República. La República vivirá ó no vivirá, según que acepte ó rechace nuestro método. La República será naturalista ó no será República.

Voy á estudiar, pues, el momento político en sus relaciones con la literatura. Esto me llevará involuntariamente, más de lo que querría, á juzgar los hombres que nos gobiernan. Pero repito que mi intención no es ocuparme de los destinos de Francia, ni de añadir mi opinión á la confusa aglomeración de opiniones que existe. Parto del punto de que la República existe, y quiero simplemente, como escritor que soy, examinar cómo se porta la República con los escritores.

Necesito, sin embargo, estudiar, lo primero, de qué manera se ha fundado la República en Francia. Nada más característico que

esto. Sin entrar en la complicada y turbulenta historia de estos últimos años, pueden fácilmente resumirse los grandes acontecimientos.

Primero viene la caída del Imperio, provocada por la podredumbre y el engranaje imbecil del armazón que sostenía aquel régimen: imagínese una decoración pintada con púrpura y oro y colocada sobre pilares demasiado finos, mal enclavados y picados por los gusanos. Una sacudida lo reduce todo a polvo. La guerra de 1870 fué esa sacudida, y lógicamente puede decirse que el Imperio cayó á tierra en el momento de su mayor esplendor. Después de nuestros desastres ocurre lo de Burdeos y la prueba leal. Yo estaba allí; yo vi llegar á esa mayoría que se alzaba de hombros cuando se hablaba de la República. Se presentaba la mayoría fuerte, poderosa, pensando que le bastaría poner á votación el asunto para restablecer la monarquía. Por eso aceptó la presidencia de M. Thiers, sin inquietarse, convencida de que así se hacía dueña de la Francia. Sin embargo, desde el día siguiente se hizo la clasificación de los partidos. Si los republicanos estaban en mi-

noría, en cambio los monárquicos se dividían cuando más necesitaban unir votos: había legitimistas, orleanistas, imperialistas, y ninguno de esos partidos podía ser dueño de la situación desde que se dividieron. De ahí nació una impotencia radical, incapaz de fundar nada. Más tarde vienen las intrigas prolongadas, las luchas parlamentarias en Versalles. M. Thiers había dicho, con su delicadeza habitual, que Francia pertenecería á los más prudentes y sabios. En el fondo, preveía ya el triunfo definitivo de la República; comprendía que los tres pretendientes se destruirían mutuamente. El drama de la *Commune* y la violenta represión que la había sucedido venía á consolidar el gobierno republicano, en lugar de quebrantarlo. Le amenazaba un peligro mucho mayor: se hablaba de la reconciliación de los representantes de la casa de Francia, la fusión de legitimistas y orleanistas estaba á punto de realizarse. Por fin viene la crisis de 24 de Mayo, la caída de M. Thiers, el triunfo de los monárquicos. Hubo un instante en que pudo creerse perdida la República. Enrique V iba á entrar en París, los coches de gala estaban ya encarga-

dos. Entonces, en el momento de votar, hubo una suprema excisión en el partido realista sobre la cuestión de la bandera blanca. La República ganó por un voto.

No era eso, ciertamente, un triunfo definitivo. Pero podía decirse ya que estaba condenada la monarquía; pues tenía que suicidarse lentamente, todos los días. Bajo la presidencia del mariscal Mac-Mahon, se asistió después á ese espectáculo singular de una mayoría monárquica, cuyos miembros se devoran y trabajan contra su voluntad en solidificar los fundamentos de la República.

Sus ataques violentos, sus misteriosas maniobras, sus planes tan hábiles y tan sólidos, sólo conseguían reforzar el gobierno que querían destruir. La explicación de ese fenómeno es muy sencilla. Se había formado en la nación una gran corriente republicana, y esto era lógico; sólo la República les parecía cosa razonable y posible. Mientras la mayoría realista se agitaba inútilmente, sin poder restablecer la Monarquía, y haciéndose de día en día más impopular, se levantaba la nación entera para echarla del Parlamento. De ahí el continuo trabajo de elecciones, que reempla-

zaba á todo monárquico saliente con un republicano. De ahí las elecciones legislativas del 14 de Octubre y las elecciones de senadores de 5 de Enero, que, después de la aventura desesperada del 16 de Mayo, hicieron de la República un gobierno regular y serio, que funcionaba como todos los gobiernos establecidos. Hay que advertir que la izquierda de la Asamblea había puesto en práctica la frase de M. Thiers: «Francia pertenecerá á los más prudentes y sabios.» Una minoría de la extrema izquierda empujaba sin duda á emprender decisiones extremas; pero M. Gambetta, que era el jefe indiscutible del partido, había lanzado la palabra «oportunismo» para caracterizar la paciencia y calma que necesitaba la situación, y la habilidad y prudencia que eran indispensables para conseguir algo. Si M. Grévy llegó á la presidencia, si los republicanos son dueños de ambas Cámaras, consiste en que han permitido que se produzca la evolución sin apresurar el desenlace.

Tales son los hechos ligeramente indicados. No necesito descender á detalles; quiero simplemente sacar una consecuencia, y es que la República necesita, para existir, ser el resul-

tado lógico de determinados acontecimientos, no la fórmula arbitraria de una escuela política. A los ojos de muchos republicanos, es la República de derecho divino; sólo hay un gobierno legítimo, el gobierno de todos; no hay más que un soberano posible, el pueblo. Esa es ciertamente mi opinión. Pero todo eso es pura abstracción. Sólo un matemático puede razonar de ese modo, pues los números no tienen voluntad. Pruébese y trátese de aplicar la fórmula teórica republicana á un pueblo; en seguida cambia todo lo que parecía invariable. Esto consiste en que se introduce un elemento nuevo, el terrible elemento humano, que no obedece como los números, que padece sobresaltos y se deja influir por caprichos. No es fácil hacer una ecuación de un pueblo. Véase la Francia del 89. Tenía tras de sí siglos de Monarquía; eran costumbres, usos, maneras de pensar, modos de ser, que determinaban lo que se llamaba la sociedad francesa. La raza, el medio, las instituciones, contribuyen á la lenta formación de un pueblo, le dan su genio, le imprimen un carácter que le distingue de todos los demás. Pues bien, por más que se quiso transformar violenta-

mente la Francia del 89, ésta se sintió monárquica después de una de las más tremendas sacudidas que jamás trastornaron un Estado. Sin duda el viejo mundo no pudo resucitar; se abrió un nuevo siglo; las conquistas de la libertad habían sido enormes. Pero el Imperio iba á doblar de nuevo, todas las cabezas, y tenía que venir el desquite de la Restauración. Todo esto no era más que el elemento humano, petrificado durante tantos siglos de Monarquía, y que no había podido revivir por un solo golpe recibido de la República á pesar de la presión revolucionaria. Los fanáticos, los sectarios, todos los que obedecen á la exaltación de una fe y que sienten prisa de gozar del ideal de un Estado que sueñan, saben bien lo que se hacen cuando piden cien mil cabezas, cuando quieren establecer el régimen del terror.

Sienten la necesidad de domar brutalmente el elemento humano, de aniquilar en el hombre lo que ha depositado el pasado, de purgarle por medio de una sangría de todo aquello que la raza, el medio y las instituciones han prestado á su sangre. Vana esperanza, sin embargo. No hay ejemplo de una

nación que se haya transformado de un momento á otro. Ha podido correr la sangre sobre nuestros cadalsos. Napoleón vino después á detener el movimiento revolucionario y á cumplir su misión. Pero se produjeron más tarde otras dos revoluciones, que tampoco pudieron fundar la República; la una trajo la monarquía de Julio: la otra el segundo Imperio. Esto sólo se explica de un modo, y sería fácil hacerlo valiéndose de la historia: los hechos sociales é históricos no llevaban á la República; el elemento humano en Francia no se doblegaba aún al régimen republicano. Véanse los acontecimientos actuales, lo que no pudo hacer el terror lo está realizando hoy la lenta evolución de los espíritus. Supongamos que la tremenda sacudida dada por la revolución á la antigua sociedad francesa haya sido necesaria para llevarnos al campo en que debía brotar la nueva sociedad. ¡Qué larga ha sido después la cultura que ha madurado esa sociedad! Esa es toda nuestra historia de los últimos ochenta años. Vemos crecer el descrédito de las dinastías en cada prueba de restauración: ya es la rama primogénita que se desprestigia, la rama menor

que no consigue florecer ó el Imperio echado por una segunda invasión.

Durante ese tiempo, hace el pueblo un estudio de la libertad, un trabajo sordo y continuo empuja á la nación hacia el régimen republicano, y como acontece siempre cuando una fuerza histórica se impone á una nación, los menores incidentes, hasta los que parece que debieran detener la marcha, la precipitan con mayor violencia. En una palabra, cuando los hechos quieren la República, la República queda fundada.

He ahí lo que yo quería establecer en el principio de este estudio. Voy á resumir. En todo problema político hay dos elementos: la fórmula y el hombre. Para mí la fórmula republicana es la única científica, á la que forzadamente deben dirigirse los esfuerzos de toda nación. Si los hombres fuesen abstracciones puras, los soldados de plomo ó quillas que pudiesen colocarse á voluntad en la forma que se quisiera, no habría nada más fácil ni más cómodo que transformar de pronto una monarquía en república. Pero desde el momento en que entran en juego los hombres, destrozan la fórmula, complican terriblemente

la cuestión por el caos de ideas, de voluntades, de ambiciones, de locuras que aportan. Entonces nace la política, la menor evolución necesita centenares de años para desarrollarse, en medio de luchas que renacen sin cesar. Felizmente los hechos siguen su curso natural, el trabajo se completa, la fórmula se realiza con arreglo á determinadas leyes. Nada habría más interesante que estudiar ese juego del elemento humano, doblegándose á una nueva fórmula política y social, y empezar en la mitad del pasado siglo, concretándose á la sociedad francesa. Sería un gran trabajo. Me he contentado con indicar rápidamente cómo hemos sido llevados á la República desde la revolución y cómo se ha fundado la República en estos últimos años en medio de los obstáculos que á cada momento parecían quererle cerrar el camino. Ahora me resta examinar los diferentes grupos del partido republicano. Después, conociendo la República actual, podré estudiar cuáles son sus relaciones con la literatura contemporánea.

Ciertamente, me vería en grave aprieto si quisiese clasificar todas las tendencias del partido republicano. Tengo que limitarme á

tres ó cuatro tipos característicos. Escojo naturalmente los grupos influyentes. Además, yo no quiero entablar polémica; sólo soy un sabio, un observador. No se encontrará, pues, en mi exposición, ni el nombre de un político, ni el título de un periódico.

Existe, en primer lugar, el republicano doctrinario. Pertenece á cualquier religión. Con frecuencia es protestante y de ideas puritanas. Pretende llegar á la Academia, y presume de hablista. Es liberal, y generalmente hombre hábil, que ha jurado no inclinarse nunca ni á la derecha ni á la izquierda. Cuando está convencido, se le endurece el cráneo y se le encoge el cerebro; entonces resulta un formista, un burgués que teme al pueblo y que pierde la esperanza de una monarquía á su gusto. Pero cuando no está convencido, despliega un entendimiento extraordinariamente sutil. Su gravedad, sus palabras huecas, su actitud correcta, su estilo de hombre serio y pudoroso, ocultan el más amable de los escepticismos. En el fondo no hay más que su ambición. Ha pensado, como hombre práctico, que el medio más seguro de gobernar, consiste en no asustar á nadie y en fastidiar á todos. También

ha creado periódicos, en que triunfa el eclecticismo en literatura y en política, diarios que nunca sacrifican el entendimiento, y que aburren al lector con artículos indigestos. Es basta para que tengan peso. Sólo se trata de poner corbata blanca á los lugares comunes. Un público se ha formado alrededor de ese majestuoso vacío, de ese liberalismo vivo de fórmulas académicas. Nunca se emplea el nombre propio. Es un salón burgués, con sus preocupaciones, sus actitudes especiales, su religión vaga, su importancia y su fastidio. Se trata de explotar con cierta solemnidad á la clase media; de ahí los dogmas, las opiniones hechas, tranquilizadoras, las ternuras continuas, las declaraciones prudentes y moderadas. Yo propongo que se dé á los republicanos doctrinarios el nombre de jesuitas del protestantismo. Han soñado con el poder desde el primer día, y su larga campaña sólo ha sido una marcha lenta hacia los puestos codiciados. Puede asegurarse que de la República sólo aceptan la etiqueta. Les repugna toda fórmula científica.

Voy á tratar del republicano romántico. Este, menos peligroso que el anterior, es más

singular. Ocupa, desgraciadamente, mucho sitio en el bullicio del día. Es una verdadera historia la entrada del romanticismo en la política. Ya la he contado en otro lugar. Aconteció que ciertos dramaturgos de 1830, viendo que bajaban sus ganancias en el teatro, tuvieron la idea de entrar en el periodismo, con sus pensamientos y sus formas. Esto ocurrió también al final del Imperio, en el momento en que el público devoraba los periódicos de oposición. Pues bien, en esa época de apasionado ataque al gobierno, hizo el romanticismo maravillas en la prensa.

Era Hernani que reclamaba la libertad, levantando con aire altanero el extremo de su abrigo de color de muralla; era d'Artagnan, era Buridan, con sus sombreros de plumas, que saludaban al pueblo soberano dándole tratamiento de monseñor. No ha habido carnaval que tuviese tanto éxito. El pueblo, sin duda, no reconocía á esos héroes favoritos de la *Torre de Nesle* y de los *Tres Mosqueteros*; se había cansado de aplaudirlos en el Ambigú y en la Puerta de San Martín; pero todas sus antiguas ternuras se despertaban, le habían tocado en el corazón, y gritaba contento: « ¡ Bravo,

Melingue!» Desde entonces tuvo aceptación el romanticismo, pero una aceptación extraordinaria. Los beneficios fueron tales, que los republicanos románticos, satisfechos de esa fortuna que les vino sin saber cómo, se contentaron con reducir á moneda sus frases poéticas, sin ocuparse de ser diputados ni embajadores, como tantos otros. El procedimiento era sumamente sencillo: se trataba sólo de aplicar á la discusión de los asuntos políticos, la música de las frases huecas, el enredo de las antítesis, la forma de los soñadores abandonados á sus fantasías. En una palabra; era menester ser lírico, mezclar Triboulet con Ruy-Blas, alzar el vuelo sobre la tierra. Piénsese á lo que se redujo la política, esa ciencia de los acontecimientos y de los hombres, pasando por la fórmula romántica. De un golpe desaparece toda la base seria de observación, la retórica reemplaza el análisis, las palabras han devorado las ideas. Los románticos han partido montados sobre sueños humanitarios; la fraternidad universal de las naciones, el próximo fin de los conflictos y de las guerras, la igualdad y la libertad iluminando el mundo como otros tantos soles. Por otro lado,

como sacaban dinero del pueblo, se arrodillaron delante de él y le adularon todo lo que pudieron; el pueblo se hizo emperador, papa, Dios, encerrado en triple tabernáculo que había que adorar de rodillas, si no se quería incurrir en las más severas penas.

Los obreros hubieran hecho mal en negarse á dar sus diez céntimos. ¡Pero qué mascarada tan lamentable! ¡Qué negocio tan descarado! Los republicanos románticos se burlan del sentido común, de las ciencias modernas, del análisis exacto, del método experimental, de esos instrumentos potentes que entran refundiendo las sociedades. Son acróbatas graciosos, cubiertos de inmundicia, que hacen volatines en el ideal para divertir al pueblo.

Allado de los republicanos románticos están los republicanos fanáticos, los que han usado la levita de Robespierre ó calzado los zapatos de Marat. Estos se han encerrado en una figura histórica, y no pueden salir de ella; cráneos singulares, que se empeñan en amoldar e porvenir al pasado, sin comprender que cada evolución llega á su hora y que la humanidad no se repite. Además, vuelvo á decirlo, me sería difícil clasificar exactamente los repu-

blicanos, tan numerosos son los grupos, desde los impacientes de la extrema izquierda hasta los satisfechos del oportunismo. Hay sectarios y hay interesados, hombres del pasado y hombres del porvenir. Me contentaré con haberme ocupado de los republicanos doctrinarios, de los románticos y de los fanáticos. Son los grupos más poderosos, los que tienen periódicos de gran circulación, y que, por consiguiente, tienen mayor influencia. Mi opinión es que acabarían pronto con la República si obtuvieran el poder. Los republicanos doctrinarios nos llevarían á una Monarquía constitucional, y tendríamos una dictadura á los seis meses con los republicanos románticos ó con los republicanos fanáticos. Todo esto se deduce matemáticamente. El que no camina con la verdad, se pierde y va forzosamente al error.

No existe, pues, á mi modo de ver, más que un republicano que sea el verdadero obrero de la hora presente; es el republicano científico ó naturalista. Si no hubiese prometido no nombrar á nadie, aclararía mi pensamiento citando ejemplos. El republicano naturalista, que está representado por individualidades muy

poderosas, toma por base el análisis y la experiencia. Hace en política el mismo trabajo que han hecho nuestros sabios en la química y en la física, y que nuestros escritores están haciendo en la novela, en la crítica y en la historia. Es un retroceso al hombre de la naturaleza, á la naturaleza considerada en su acción, al hombre considerado en sus necesidades y en sus instintos. El republicano naturalista se ocupa del medio y de las circunstancias; no trabaja sobre una nación como sobre arcilla, porque sabe que la nación tiene una vida propia, una razón de existencia, cuyo mecanismo es preciso estudiar antes de utilizarlo. Las fórmulas sociales, como las fórmulas matemáticas, tienen una aridez á la cual no puede doblegarse un pueblo en poco tiempo; y la ciencia política, tal como es en el día, consiste precisamente en llevar á un pueblo por el camino más directo y más práctico al género de gobierno á que le inclina su natural impulso, aumentado con el impulso que le imprimen los acontecimientos. El republicano naturalista no es hipócrita como el republicano doctrinario; no maneja una clase para beneficiar á otra; dice lo que debe, á riesgo de escandaliz-

zar á los burgueses. El republicano realista no comprende la fraseología del republicano romántico, cuya retórica fantástica le hace alzarse de hombros. Para él todos esos farsantes son unos charlatanes, que lleven corbata blanca ó que usen peluca del siglo pasado.

Aun admitiendo que haya hombres convenidos entre los doctrinarios y entre los románticos, aquéllos pierden su tiempo en construir en el aire un monumento sin base, se agitan en el error, aplican fórmulas falsas á hombres que no existen, á puras abstracciones concebidas como un ideal: no es de extrañar, pues, que su obra se derrumbe, y que después de cada tentativa suya necesite la nación de un dictador ó de un rey para barrer del suelo los escombros con que le han cubierto. El republicano naturalista, por el contrario, no construye hasta que ha estudiado el terreno; cada vez que coloca una piedra, sabe que su posición es sólida, porque está apoyada por todas partes, y porque está donde la naturaleza del suelo y la construcción del edificio exigen que esté. Es el hombre de los hechos; no hará de la República un templo protestante, ni una iglesia gótica, ni una prisión que se coloque

en la plaza del cadalso, sino una espaciosa casa que puedan todas las clases alquilarla, llena de aire, llena de sol y tan apropiada á los gustos y á las necesidades de sus moradores, que permanecerán constantemente en ella.

Esto no es más que un estudio hecho á la ligera. Pero es evidente que la historia de este siglo en general, y que los acontecimientos de los últimos años en particular, nos llevan lógicamente á esta conclusión científica. El movimiento naturalista no puede haber removido el entendimiento entero de la humanidad sin comunicarse á la ciencia política. Ha renovado la historia, la crítica, la novela y el teatro; tiene que tomar un impulso decisivo en política, que no es más que la historia y la crítica viviente. La política, separada de la doctrina de los empíricos y del idealismo de los poetas, basada en el análisis y en la experiencia, empleando el método como un instrumento, teniendo por fin el desarrollo normal de una nación, estudiada en su medio y en su ser, es la única que puede fundar en Francia la República definitiva. Hay que decirlo claramente: no hay principios, no hay más que

leyes. Existen seres organizados que viven sobre la tierra en determinadas condiciones. La República no estará sólidamente establecida en una nación mientras no sea la condición de existencia de esa misma nación. Fuera de ese hecho, toda tentativa será un arreglo pasajero y ficticio que hará fiasco, provocando catástrofes.

II

Veamos ahora la actitud de los diferentes grupos del partido republicano frente á la literatura contemporánea.

Desde algunos años vienen á visitarme muchos extranjeros, rusos é italianos sobre todo. Me gusta oírlos, porque me traen juicios muy originales formados de nosotros, que generalmente me impresionan vivamente. Todos ellos se extrañan de que el partido republicano se muestre hostil á las novedades literarias, ata-

cando á los escritores que se han separado de las tradiciones y que caminan adelante, y discutiendo violentamente las obras escritas con el espíritu analítico y experimental. Los novelistas naturalistas son precisamente los que más maltratados se ven por los más influyentes periódicos del partido. Y los extranjeros no lo comprenden... ¿Por qué será eso? ¿Por qué esa extraña contradicción de hombres políticos nuevos, encarnizados contra los escritores nuevos? ¿Por qué quieren la libertad en política y no permiten á las letras que ensanchen su horizonte? Varias veces me he propuesto explicar á los que me visitan la causa de esa anomalía tan singular. Pero no lo han comprendido más que á medias, tan extraña les parecía la situación. Hoy quiero intentar una explicación más clara.

Hay, en primer lugar, precedentes característicos. Durante la primera revolución, del 89 hasta el Imperio, la literatura no sale del clasicismo; no se hace esfuerzo alguno para romper los antiguos moldes del siglo xvii. ¿No es esto muy curioso? Hombres que suprimen á los reyes, que suprimen á Dios, que trastornan por completo la antigua sociedad y con-

servan la literatura de un pasado que quisieran borrar de la historia. No sospechan siquiera que una literatura es la más clara expresión de una sociedad.

Muchos años pasaron antes de que el impulso de la Revolución se transmitiera á las letras. Después del Imperio, durante la Restauración, estalló la insurrección, como un 93 literario. ¿Y qué ocurrió? El más asombroso espectáculo. Vióse á los republicanos, ó mejor dicho, á los liberales, á los que pedían las conquistas de la Revolución, á los que promovieron las jornadas de 1830 en nombre de la libertad amenazada, defender la literatura clásica y atacar con furia el romanticismo triunfante, los dramas y las novelas de Víctor Hugo. Basta leer la colección de *El Nacional* para convencerse de ello. Tales son los hechos. Cada vez que en Francia han querido los hombres políticos conseguir la liberalización de la patria, han empezado por atacar á los escritores y por pensar en encerrarlos en alguna fórmula antigua, como en un calabozo. Destrozan un gobierno, pero tratan de reglamentar la idea escrita. Su audacia se detiene en la transformación más ó menos violenta

del poder, pero no admiten que se transformen las letras. Precipitan la evolución política, y sienten la extraña necesidad de negar la evolución literaria. Sin embargo, repito que las dos se ayudan, no pueden efectuarse la una sin la otra, pues son inseparables. ¿Qué hay, pues, en el fondo de esa actitud del partido republicano?

Nótese bien que la ley parece constante. En 1830 se negaban los liberales á admitir el romanticismo; hoy no admiten los republicanos el naturalismo. Cabe, pues, creer que hay un elemento fijo en ese horror, en esa desconfianza que les inspiran las nuevas fórmulas literarias. Evidentemente existe ese elemento fijo, y trataré de determinarlo en seguida. Pero creo que las causas accidentales, las causas del momento son más numerosas y más potentes. Dejaré, pues, el pasado y estudiaré el presente, examinando cómo se conducen ante el naturalismo los diversos grupos republicanos que he descrito más arriba.

Veamos primero á los republicanos doctrinarios. Estos, como he dicho, permanecieron clásicos. Uno de ellos, hombre de peso, periodista que á fuerza de ser pesado llegó á ser se-

nador, escribía últimamente que Stendhal y Balzac eran autores pésimos, indignos de formar parte de la biblioteca de un hombre honrado. Otro, antiguo profesor, que llegó á ocupar un elevado puesto, distribuía latigazos tremendos en la *Revista*, con la rabia de un peón impotente. Podría citar á veinte. Forman un grupo de puritanos jesuítas, encerrados en su levita, temiendo las palabras, temblando ante la vida y queriendo reducir la moderna literatura al estrecho cauce de las lecturas morales y patrióticas. No conozco eunucos más afeitados. Comprendo que los católicos que practican no nos tengan afición, porque nos ocupamos en sus creencias; comprendo que el mundo antiguo se defiende contra nuestro análisis que le reduce á polvo; pero esos hombres que pretenden estar á la altura del siglo, esos hombres que en sus discursos reclaman la libertad del pensamiento, ¿por qué están contra nosotros, cuando trabajamos con más actividad que ellos para la futura sociedad? Hay mucha hipocresía en su proceder. Nuestro trabajo se hace á la luz del día, decimos la verdad, los aturdimos con nuestra franqueza. Cuando están en la oposición, en-

cuentran horrible á la humanidad; cuando suben al poder, les parece hermosa; es que gobiernan, y hay que cubrirlo todo con un velo. La verdad es que los separa un abismo de nosotros. Hombres equilibrados, hombres de doctrina, burgueses con convicciones propias ó farsantes que representan la comedia de la virtud, gente hábil que pretende aumentar la suscripción, publicando folletines para las familias, mezcla de espíritu académico y de cerebro pedagógico, todos aborrecen, por interés ó por instinto, la libertad de las letras, el estilo ameno y de colorido, las audacias del análisis, la afirmación poderosa de la personalidad del escritor; como repite con frecuencia un eminente literato de nuestros días, tienen «el odio á la literatura», odio que les hace encabritarse ante una frase poética, como caballo ante un obstáculo temido.

Con los republicanos románticos se convierten todas las discusiones en disputas de escuela. Los románticos, que se han echado á la República con el objeto de conservar sus ingresos, se muestran naturalmente inquietos del movimiento que en público se opera en favor de los escritores naturalistas. Ese amor

creciente del realismo, esa curiosidad que se fija en toda obra contemporánea de análisis, les hace temer con razón que las masas se aparten de ellos y de sus obras. ¿Qué será de ellos, si las corazas y los penachos pasan de moda, si ya no bastan los períodos elocuentes, si los lectores piden ideas claras y científicas, personajes reales, bajo los adornos del estilo? No sólo están ya discutidos sus dramas y sus novelas, sino que ya empieza á sonreirse la gente de su política, ya empiezan á no tomarlos en serio. Entonces, amenazados su orgullo y su bolsillo, se enfadan y afectan el mayor desprecio y repugnancia hacia los escritores modernos. En vez de convenir en que la evolución romántica no ha sido más que el período de impulso del gran movimiento naturalista, niegan este último, y querían detener las letras francesas en la producción de 1830. La necesidad de encerrarse en una época dada, de encarnar una literatura en una fórmula ó en un hombre único, de pretender que en adelante se fije de un modo invariable el porvenir, es muy característica; y no puede citarse un ejemplo más palpable de esa contradicción de los hombres, que admiten todos los

adelantos en política y que niegan por completo á las letras el derecho de mejorar y renovarse. Pero hay una cuestión más grave en la actitud hostil de los republicanos románticos contra los escritores naturalistas. Tratan aquéllos de menospreciarlos, arrojándoles el lodo á la cara, considerándoles como poceros, escritores pornográficos y obscenos. No se fijan en que éstos lo que hacen es estudiar al hombre tal como es, sin vestirle; diseccionan y analizan todo, trabajan como sabios en las investigaciones del día. En el fondo, bajo las palabrotas con que se les quiere embadurnar, son simplemente los obreros de la verdad, mientras los románticos lo son de lo ideal. No hay más que una diferencia de método y de filosofía literaria, sólo que es capital. Los románticos se creían obligados á embellecer y arreglar los documentos humanos para el placer y el provecho de la nación; nosotros, en cambio, estamos convencidos de que vale más presentar esos documentos tales como son, si quiere dejarse á la nación obras que le puedan quedar como lecciones eternas. Evidentemente no es posible la inteligencia; es necesario que éstos maten á los otros. Yo estoy tranquilo so-